

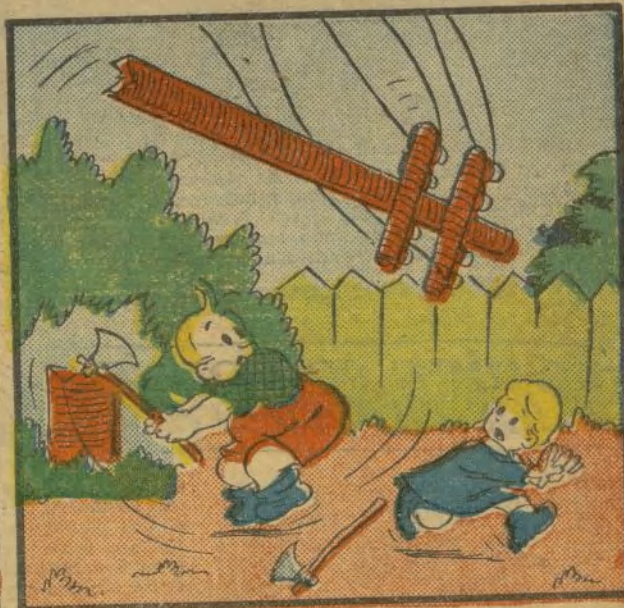
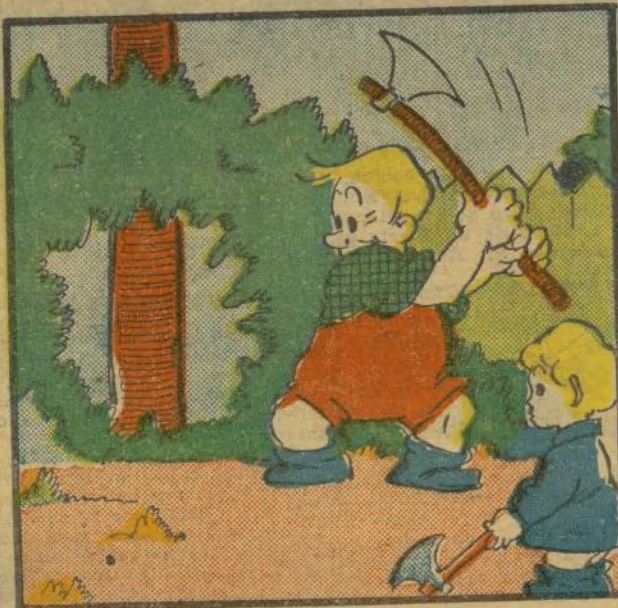


AÑO VI.—NUM. 297

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

17 de enero de 1935

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



El SECRETO DEL VIEJO CASERÓN

Resumen de lo publicado.—Al amanecer un día de primavera de 1725, tres jinetes llegaron a la "Posada del Buzo Blanco", regentada por un viejo picaro llamado Natán Lear, y en la que trabajaba un muchacho huérfano llamado Tomás. Desde aquel momento comenzó a planear el misterio sobre aquel viejo caserón. Los viajeros habían traído un misterioso saco, dentro del cual Tomás descubrió un hombre amordazado.



Al descubrir a aquel hombre atado y amordazado dentro del saco, Tomás se quedó atónito por un momento; pero cuando oyó la áspera voz de Sir Roger, se recobró súbitamente y con un rápido movimiento cubrió la cara de aquel hombre inmóvil y apartó el saco a un lado.



“¡Por vida de...! ¿Qué estás haciendo aquí?”—gruñó el caballero levantándose de su silla—. Pero se interrumpió con un bufido cuando vio a Tomás que, agachado, simulaba inocentemente atarse el lazo de un zapato. Al pobre chico le martilleaba el corazón en el pecho.



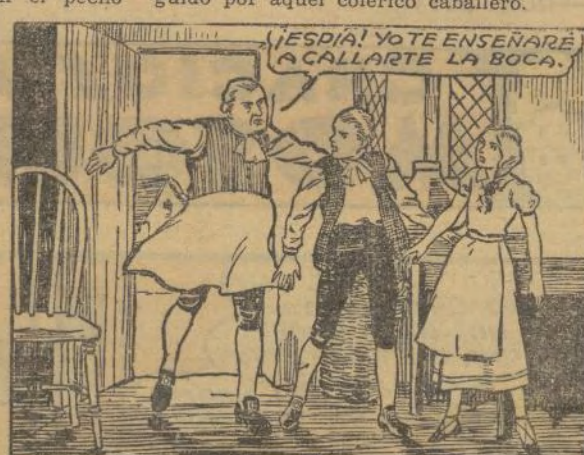
“Lárgate de aquí”—rugió Sir Roger amenazando al muchacho con su látigo—. “A fe mía veo que te empeñas en probar de nuevo mis caricias.” Sin replicar palabra, Tomás recogió el servicio y cruzó la habitación para marcharse, seguido por aquel colérico caballero.



Hasta que no se vió seguro en la cocina, no pudo Tomás respirar libremente. Anita le vió llegar con el rostro descompuesto. “¿Qué te pasa?” le preguntó. Tomás, echando una mirada en torno, murmuró llevándose el dedo a los labios: “¡Silencio!”



En pocas palabras dió cuenta a la muchacha de su descubrimiento. “Estamos ante un asunto misterioso”, afirmó. “Esos viajeros tienen secuestrado a un hombre en un saco”. Pero no advirtió que el posadero se hallaba observándolos por la ventana.



El ruido de unos pasos obligó a los dos muchachos a volver la cabeza, y vieron el enfurecido rostro del posadero que se acercaba a ellos. “¿De modo que ha estado usted espiando a mis huéspedes?”—gritó—. Te voy a enseñar a tener la boca bien cerrada.”



La voz airada del posadero, los bárbaros golpes que sonaban y un grito de Tomás llegaron a los oídos de Sir Roger y sus compañeros. “¡Ah; parece que el viejo Lear le está asientando las costuras al muchacho!”, dijo sonriendo. “Vamos a ver qué pasa.”



Dirigieron a la cocina, y al abrir la puerta descubrieron una bárbara escena. Allí estaba Tomás debatiéndose en poder del posadero, que alzaba su brazo armado de un fuerte garrote. “Caballero”—suplicó Anita a Sir Roger—, sepárelos usted.”



“¿Quiere usted privarnos de esta diversión?”—respondió el inhumano caballero—. “Duro con él, maese Lear. Déjenos...—y le cortó la palabra un agudo grito de uno de sus hombres, que señalando hacia la sala exclamó: “¡El saco está vacío!”

¿quien se comió los riñones?



Cierta vez se unieron para hacer sus negocios juntos un músico y un trovero. Llegaron a un pueblo donde se celebraba una boda, y el músico fué muy bien recibido, y pasó tocando todo el día, al cabo del cual le entregaron como premio cincuenta monedas de plata; el trovero había estado cantando trovas en casa de cierto rico, que le había

convidado a comer, y cuando se reunió con su amigo el músico éste le enseñó el dinero ganado, pero le hizo ver el hambre que tenía, pues en la boda no se habían acordado de él. El trovero entonces cogió cinco monedas de oro y compró en el mercado un cabrito, con el cual se puso en camino para buscar a su compañero el músico y que éste comiese; mas no pudo resistir la tentación y se comió los riñones, que eran su plato favorito. Cuando el músico vió el cabrito, comprendió al momento la jugarreta, y preguntó:

—¿Dónde están los riñones, compañero?
Y el glotón repuso:
—En esta tierra los cabritos no tienen riñones.

El músico, convencido de que no podría sacarle la verdad, hizo como que se lo creía; comieron y prosiguieron su camino. Y quiso el destino que al ir a saltar una barranca, el trovero se despeñase, quedándose asido a una rama y colgado en el espacio, a una altura de cien metros del suelo. El infeliz lloraba y pedía auxilio, y el músico llegó presuntamente a tenderle su mano para sacar-

le del atolladero, y cuando le tenía ya cogido exclamó suspendiéndole en el vacío:

—Dime ahora, si no quieres que te suelte, compañero, ¿quién se comió los riñones?

—Por mi vida que puedes creerme—suspiró el caído en tono lastimoso—; ya te lo dije la primera vez; en aquella tierra los cabritos no tienen riñones.

Entonces el músico, seguro de que el maldito se dejaría matar antes que confesar la verdad, hizo un esfuerzo y le puso a salvo. Prosiguieron su marcha y llegaron a otro pueblo donde se celebraba un bautizo, y también allí el músico fué llamado, haciendo una buena ganancia. Ya de noche salieron de la aldea, y en el camino se detuvo el músico: “Ahora, amigo mío—exclamó—, es forzoso que nos separemos, pero como nos unimos para correr la misma suerte mientras estuviéramos juntos, vamos a repartir el producto de estos dos conciertos que he dado.” “Me parece muy bien”, repuso el trovero. Y entonces el músico puso las monedas en el suelo, y dijo así: “Aquí están tres partes iguales.” “¿Tres partes?” “Sí, amigo mío, tres partes; una para ti, otra para mí y una tercera para el que se comió los riñones.” “Yo fui”, dijo el trovero rápido como el rayo. “Pues bien—agregó el músico tristemente—, coge las dos partes, y ya que tan sólo la ambición es la que te ha hecho decir la verdad, y pusiste hasta tu propia vida por cima del dinero, sigue solo



tu camino, y haga el Cielo que cuando gastes lo que yo te he dado, no te mueras de hambre por esos caminos.” Y el

buen músico se alejó con su instrumento debajo del brazo, dejando solo al mentiroso y avariento.

Y cuentan que el trovero se murió de hambre, porque no le gustaba trabajar, y en ningún sitio le querían admitir por sus pésimas cualidades.

—: FIN :—

PASATIEMPOS



—Cuando el tiempo es bueno
¿qué ves sobre tu cabeza?
—El cielo.
—¿Y cuándo es malo?
—El paraguas.



Jesús Parrilla es un jeromista de La Parrilla, y nos remite a Bienvenida poniendo un par de banderillas que es una verdadera maravilla lo que ha dibujado este niño de La Parrilla.



—¿Está el señor Pineda?
—¿Cuál de ellos? Porque son varios hermanos.
—Uno que tiene una hermana que se llama Concha.

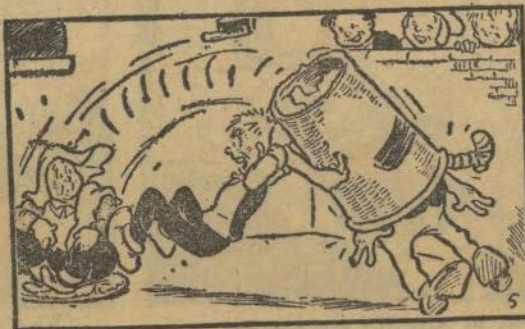
DIABLURAS DE LA PANDILLA



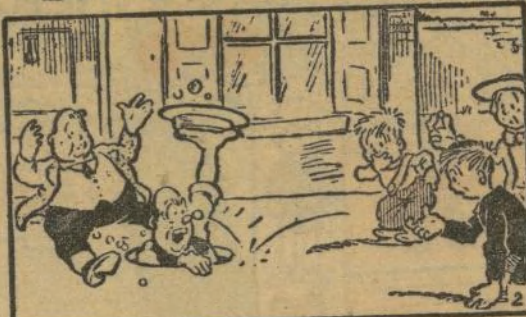
Se divierte la pandilla
junto a una alcantarilla.



Comienza a golpes y coces
y escapan todos veloces



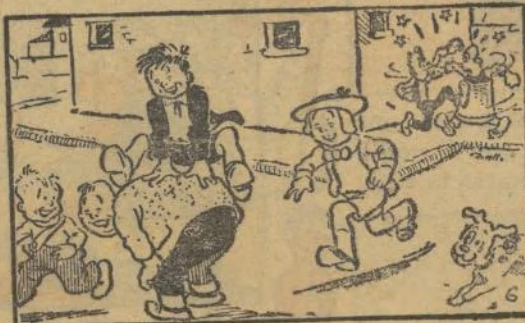
Y el gerdito es el causante
de esta tragedia aplastante.



Sale el pocero asustado
y una pedrada le han dado.



La "panda", que tiene vista,
hace que pierda su pista.



Que para unos es tragedia
y para otros comedia.

AMENIDADES



Anichi S. de Rivera, ¡qué monería de niña y qué caudal de simpatía! nos envía este precioso dibujito, que nos complace en publicar, felicitando a su feliz autora.

Aviso a los espontáneos.—Recibimos multitud de preciosos dibujos que, sintiéndolo infinito, nos vemos obligados a no publicar, por venir trazados a lápiz, en papel rayado o en colores, siendo así que deben venir en papel blanco y en tinta china o muy negra.



—Mira si tendré el sueño pesado, que anoche me dormí quitándome los carsetines.

—Po eso no e ná, compare e mi arma. Anteanoche pegué yo un sarto pa tumbarme en la cama..., y me dormí en el aire.

Gerardo Revuelta
Valladolid.

Poncito, chico elegante y "El Grifo" sucio y lunante

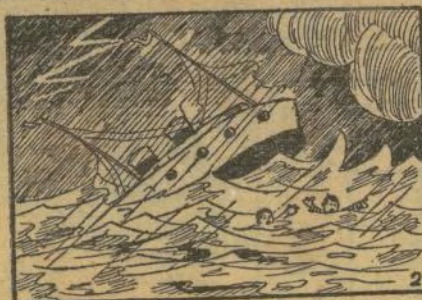


EN EL EPISODIO ANTERIOR PONCITO Y "EL GRIFO" DESPUES DE HABER INAUGURADO LA SUCURSAL QUE EN LA ISLA "LA TINTA" MONTÓ BENITEZ, EL SASTRE DE ATOCHA Nº 3 EN MADRID, SALEN

CON RUMBO A EUROPA.
(SIGUE LA HISTORIA →)



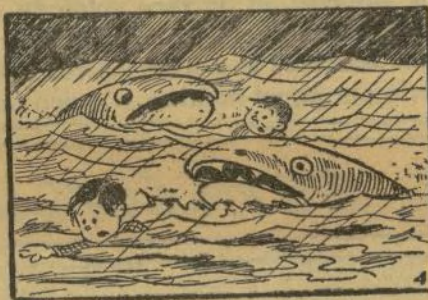
Contentos por haber dejado en La Tinta la Sucursal de Benitez, Poncito y "El Grifo" regresaban a Madrid, buscando descanso a sus aventuras.



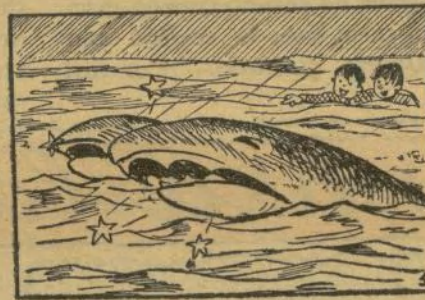
Pero a los dos días de viaje un terrible temporal se desencadenó, y Poncito y "El Grifo" ya creían que les llegaba la muerte.



El miedo de los muchachos llegó al infinito cuando el barco se hundió en el Océano, envuelto en llamas y entre rayos.



Los miserables tiburones olieron carne fresca y se dedicaron al bonito deporte de "pescar" a Poncito y "El Grifo", con el consiguiente pánico de éstos.



Ahora que los trajes de Benitez, además de ser preciosos son muy resistentes, por lo que los tiburones tuvieron que retirarse mohinos.



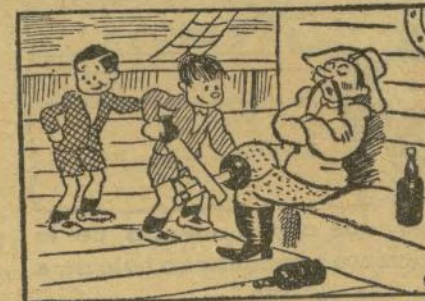
Muy contentos por haber vencido a "las sardinas exageradas", como decía "El Grifo", éste y Poncito consiguieron llegar a un islote.



Y cuando estaban secando sus trajes llegó un extraño barco que les colmó de felicidad, pues en él creían ver su salvación.



Ahora que lo que en realidad vieron fué un capitán con su patita de palo y unos feroces piratas, chinos todos ellos, que los hicieron prisioneros.



Pero no contaron con la vista y el ingenio de "El Grifo", que, aprovechando que el capitán dormía una "curda", le cortó la pata de palo.

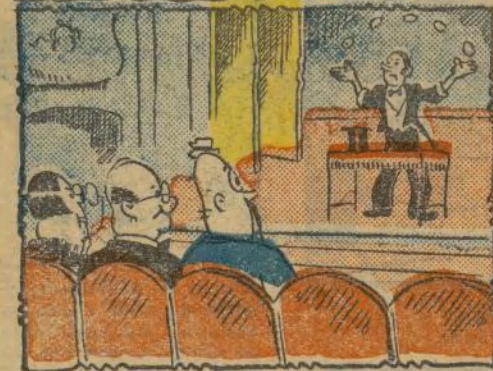


Los piratas cuando vieron esto se pusieron muy contentos, porque el capitán era un tirano, que les tenía muertos de hambre.



Y ya, libres del repugnante cojo, los infelices piratas nombraron capitanes a Poncito y "El Grifo", que juraron darles tres platos, postre, pan y vino.

DON SEVERO AVENTURERO



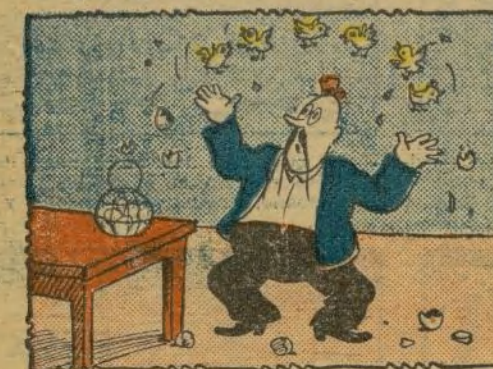
D. Severo fué al teatro y le admiró la sencillez con que un prestidigitador arrojaba y cogía unos cuantos huevos



de gallina. Don Severo pensó que aquello era facilísimo y que él podía hacer lo mismo para ganarse la vida.



Decidido a ello, compró media docena de huevos para entrenarse, y al arrojar al aire los huevos, que esta-



ban en mal estado, chocaron unos con otros y don Severo se convenció de que él era mucho mejor prestidigitador que el del teatro.



Laura proseguía eternamente con su cantinela, despertando la curiosidad de los pasajeros con el anuncio de la cola marca "Cemento".

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



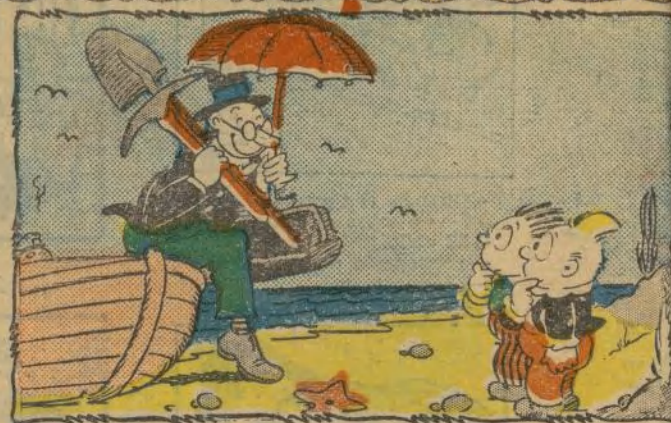
Tarugo y Perdigon habian hecho, por fin, las paces con Terre-Moto y compañía, y nuestros héroes se aburrían como dos docenas de ostras. Añorando tiempos pasados, paseaban por la playa, cuando vieron arribar a un tío raro.



El tío raro requirió el auxilio de los pilluelos convidándoles a unas riquísimas rosquillas de hígado de buey que llevaba en la maleta, y ellos accedieron a prestarle su ayuda, porque les gustaban las cosas estrambóticas.



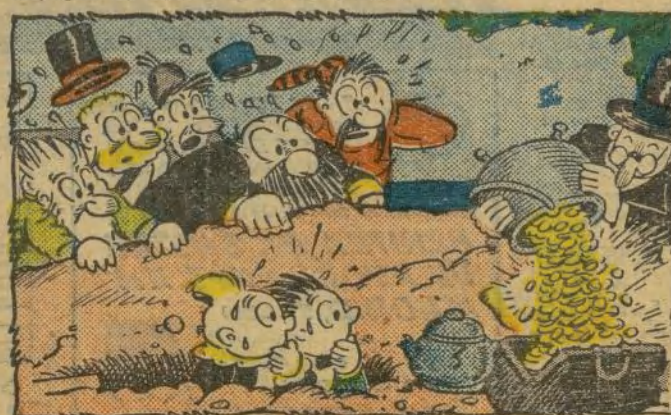
Y, de pronto, el estupor paralizó a los tramposos de "tuteros". Perdigon acababa de desenterrar un gran peroí, que entregó al tío raro. Este lo recibió con muestras de la mayor alegría, diciendo: "¡Por fin! ¡Ya lo encontré!"



El tío raro se apeó del bote en el que navegaba y saludó cortésmente a los pilluelos, preguntándoles por la familia y recomendándoles no llevasen las manos al descubierto, pues salían sabañones. Los pilluelos se hicieron sus amigos.



El tío raro examinó una peña, en la que descubrió, a poco, una cruz blanca, y dijo: "Aquí es". Luego trazó un círculo en el suelo e invitó a los muchachos a que cavasen sin salirse de aquel círculo, que es donde estaba el tesoro.



Y, ante el asombro de los jugadores y el pasmado de los pilluelos, el tío raro volcó en el maletín un verdadero río de relucientes monedas de oro, mientras los hombres se hacían cruces ante el prodigio operado por aquel hombre, a quien habían tomado

TARUGO Y PERDIGÓN



Y, acompañados del tío raro, llegaron adonde se reunían los compinches, presentándoles al extranjero, que fué muy bien recibido por los mayores, que le invitaron a echar un tutecillo con trampas y juegos de manos.



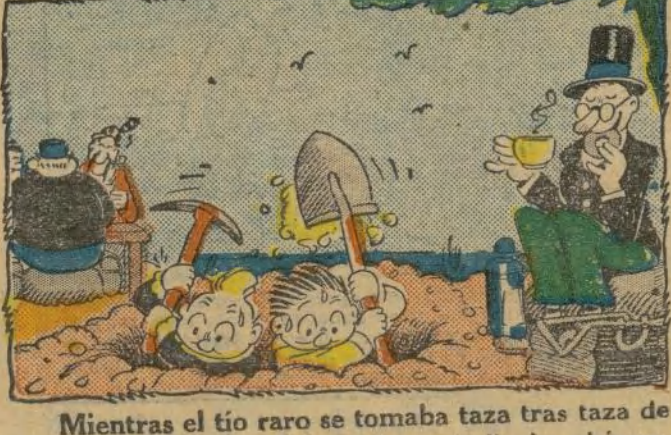
Los pilluelos comenzaron a trabajar por primera vez en su vida, con un entusiasmo de obreros parados, siendo la rechifla de los jugadores, que pensaban que los pilluelos estaban mocheles desde que ya no hacían barrabasadas.



por un "chalo". Lo que no sabían Terre y compañía es que aquel forastero había naufragado en aquella isla hacia veinte años y ahora llegaba a desenterrar el tesoro. No existían, por lo tanto, minas de oro en la isla, pero los jugadores, ante el prodigio,



Pero el tío raro desistió de que le hicieran trampas y dijo solemnemente que él había llegado a la isla a descubrir oro que había escondido. Los jugadores se rieron mucho, tomándole por un tío "chalo", "requetachalo".



Mientras el tío raro se tomaba taza tras taza de té, pues decía que el cavar le perjudicaba el bazo, los pilluelos, entusiasmados con el acicate de descubrir la mina de oro, cavaban y cavaban, siendo la burla de los jugadores.



comenzaron a hincharse a cavar, en tanto que se alejaba el tío raro con su tesoro escondido y descubierta, luego de haber entregado unas monedas de oro a los pilluelos como premio a su trabajo. (Continuará)

TERESA NINA TRAVIESA



Teresa fué a buscar a su amiguita Carolina, y la mamá de la nena, que tenía mal genio, le indicó a la niña



"cariñosamente" que no volviese a llamar a la puerta. Teresa, dolorida en su amor propio, y dolorida a la ter-



minación de la espalda, llamó de nuevo a la puerta, pero antes ató una cuerda a la esterilla, y cuando la

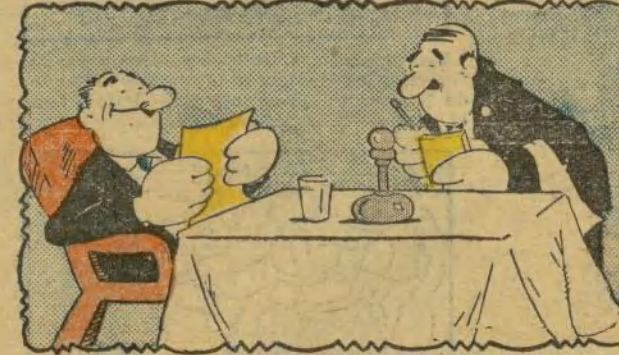


mamá de Carolinita salió, dispuesta a repetir la faena, Teresa tiró de la cuerda, convenciendo a la señora de que con ella era peligroso jugar.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Un buen señor, que oyó el anuncio de la parlanchina, se apresuró a comprar un bote para pegar un brazo a una estatua



Con el frasco de cola en el bolsillo, el buen señor llegó a un restaurante, donde pidió el sirvieran un cubierto de los buenos, buenos.



Y al llegar la hora de pagar, vió el buen señor que era imposible, porque la cola se le había vertido en el bolsillo



El dueño del restaurante, que era unas mijas de bruto, obligó al cliente a que pagase y no se viniese con monsergas de cola y de pegaduras.



Y, en vista de ello, mirad como tuvo que abandonar el buen señor el restaurante, maldiciendo de la cola, y dejando los pantalones.

Resumen de lo publicado.—Bepo ha castigado a Antonio dejándole sin cenar. Mientras el muchacho cenaba lo que Rosa le había llevado a escondidas, se presentó Bepo. Rosa se esconde y huye.

COMPANEROS DE CIRCO



“¿Por qué has abierto esta ventana?”—preguntó Bepo.—“Ya hace aquí dentro bastante frío sin necesidad de abrirla!” Antonio se alegró de que Bepo se contentara con semejante regaño, y se apresuró a cerrar antes que sospechara otra cosa.



Al instante reconoció que era de Rosa. “¿Quién ha estado aquí?”—preguntó Bepo colérico mirando a Antonio con ojos llameantes. El muchacho permaneció callado, y esto irritó más al trapealista. Cogió del suelo una zapatilla y avanzó hacia Antonio.



A la mañana siguiente, el pueblo de Miralcampo, adonde el circo había llegado la noche anterior, estaba alborotado. “¡El circo! ¡Ha llegado el circo!”—gritaban los chiquillos, corriendo a ver la caravana: fieras, payasos, acróbatas; de todo había allí.



Durante todo aquel caluroso día se trabajó entre risas y bromas; y cuando por fin el circo quedó montado, se juntaron todos en una de las tiendas a tomar un café bien merecido. “Ven, Antonio, y siéntate junto a mí”—dijo Lola.



Pero antes de que la hubiera cerrado, Bepo se había agachado repentinamente y cogía un objeto del suelo. Cuando Antonio advirtió lo que era, un escalofrío sacudió todo su cuerpo. Era un pequeño cinturón adornado con lentejuelas y vidrios de colores.



“¿Quién ha estado aquí, pregunto?”—repitió Bepo.—Antonio retrocedió, y en aquel momento sonó un golpe en la puerta y entró en el carro Mister Smith, el propietario del circo. Bepo ocultó la zapatilla, mientras Antonio se escabullía.



El circo había acampado en una amplia explanada cercana al pueblo. No había tiempo que perder. Todos los miembros de la compañía estaban entregados al trabajo, levantando tiendas y entoldados y haciendo mil variadas faenas.

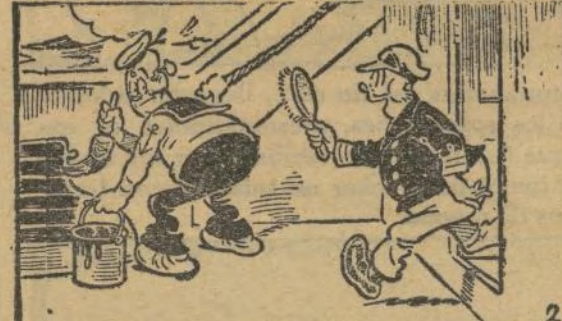


“De seguro que estás dispuesto a tomar una buena taza de café”—añadió sonriendo y haciéndole sitio.—En aquel momento entró Bepo en la tienda y agarró al muchacho por el cuello. Antonio se volvió rápidamente para ver quién era el importuno.

VENGANZA DEL MARINERO



El pobre Anacleto había sido castigado a encolar toda la popa del barco; y la culpa del castigo la tenía el contraalmirante Ballenilla, que era peor



que un cólico de piedra. Ballenilla era, además, presumido como una mona presumida, y como el buque había anclado en el puerto, el contraalmirante



le ordenó a su víctima que le cepillase la guerrera, porque él, tan elegante siempre, estaba seguro de que iba a causar sensación. Anacleto, que



estaba más negro que un antropófago, vió en aquella ocasión llegado su momento de vengarse, y en lugar de cepillarle con el cepillo, le “cepilló”

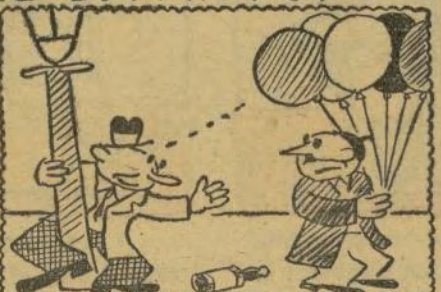


a conciencia con la brocha de encolar, dejándole embadurnado a conciencia. Ballenilla, siempre despótico, ordenó al marinero que le condujese a tierra y ya veis lo que luego pasó.

COMO SE ARREGLO D. PANTUFO PARA GUADAR EL EQUILIBRIO



Don Pantufo había tomado unas copas de más. Y el exceso de “morapio” le hacía ir dando bandazos de un lado para otro, y el conservar la perpendicular le era



más difícil que pasar un duro sevillano en un estanco. Don Pantufo, que era un filósofo, comprendió que si llegaba con el tambaleo a su casa, su “costilla” le iba a



romper a él tres idenes, y como acertase a pasar junto al farol en que había tenido que refugiarse para no aterrizar, un vendedor de globos, el “copista” vió en



aquellos globos un recurso para evitar los bandazos, y así, como podéis ver, equilibrado por los globos, el bebedor pudo llegar a su casa sin entrar en barrena.

DON SIMPLON Y DINAMITA



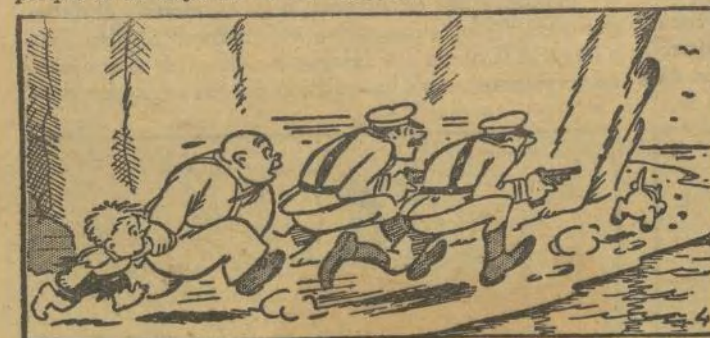
Los heroicos policías consiguieron, por fin, abrirse paso, y vieron con asombro y con los ojos que la puerta se abría sobre un pavoroso abismo imposible de escalar.



El feroz bandido, según dedujeron, había huido pasando una cuerda por una polea atada a un árbol, y como ellos no tenían cuerda comenzaron a descender, jugándose el físico a cada paso.



Por fin llegaron al fondo del abismo, no sin haber pasado un miedo que no es para descrito, ahora que no podían confesarlo, porque si no dejarían de ser heroicos.



Dinamita, que tenía más olfato que media docena de perdigueros, descubrió bien pronto las huellas del feroz bandido, y nuestros amigos se lanzaron en pos de ellas.



Las huellas concluían en un pasadizo que comunicaba con el mar, y uno de los heroicos policías lanzó un grito de desesperación. El bandido había huido en canoa.



Efectivamente; como había decidido muy bien el heroico, etc., el feroz bandido, mordiéndose las uñas de los pies en señal de regocijo, huía mar adentro. ¿Lograban cazarle? ¡Aaah!

BAJO EL IMPERIO DEL TERROPO

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

CAPITULO XXIV

Colgado de los barrotes del sótano, Gerardo pudo oír lo que los jefes de las dos patrullas se dijeron al emparejar.

—¿No habéis encontrado a un aristócrata disfrazado de carmañola, que va huyendo de nosotros?

—No hemos encontrado a nadie.

—Pues en esta calle tiene que estar, porque nosotros le hemos visto doblar la esquina y no ha podido salir.

—Se habrá metido en alguna casa... ¡Tienen tantos protectores estos pícaros!

—Pues el fugitivo es pájaro de cuenta. Me lo

ha dicho el ciudadano Bohin, a quien ha dejado medio muerto ahí atrás en una esquina.

—¡Hay que echarle mano! Uno que vaya a pedir refuerzos; los demás nos dividiremos para guardar las dos bocacalles, y registraremos casa por casa. Y ¡ay de aquel que lo haya ocultado! ¡Viva la libertad!

Gerardo no podía más. Si subía a la calle lo cogían sin remedio; si soltaba las manos corría peligro de matarse cayendo a algún pozo; pero también pudiera ser que saliera sólo con un coscorrón. Así fué que después de balancearse unos momentos, sin hallar donde apoyar los pies, se dejó caer, y vino a rodar sobre una superficie cur-



va, produciendo un golpe ruido hueco y cavernoso. Repuesto pronto del porrazo, y con ayuda del tacto y del olfato en aquella absoluta oscuridad, comprendió que se hallaba en una bodega, y precisamente sobre una gran cuba de vino.

¿Dónde se hallaba? ¿Había caído en poder de algún furioso revolucionario? ¿Le tomarían por ladrón? Había que hacer algo por salir de allí y correr en auxilio de las personas queridas, a quienes sabía perseguidas de cerca.

Palpando halló la última grada de una escalera, y comenzó a trepar por ella; pronto se dió un golpe en la coronilla, y levantando la mano, sintió que cedía una trampa sobre su cabeza. Sigilo-

samente la fué alzando, con temor de ser descubierto y atrapado; pero tuvo la suerte de poder salir, sin ser visto, a un oscuro pasillo que desembocaba en una taberna, donde varios nacionales de los que le perseguían se hallaban libando con unos cuantos ciudadanos jaraneros. Era imposible huir por allí.

En esto vió que por la taberna avanzaba hacia el pasillo una mujer, y tuvo que refugiarse precipitadamente por la trampa escaleras abajo y esconderse detrás de la pipa más panzuda que encontró.

Allí pudo tomar, por fin, algún descanso, que le permitió pensar en sus familiares y amigos. ¿Ha-



brian recibido su aviso? ¿Habrían podido refugiarse en el huerto de Hilario?

De pronto se abrió la trampa de la bodega y comenzaron a bajar por las escaleras el sargento de una de las patrullas, acompañado del tabernero, que llevaba un farol en la mano.

—Pero, sargento; a ti se te ha subido el vino a la cabeza. ¿Cómo demonios se va a esconder un aristócrata en mi casa?

—No es que dude de ti, ciudadano Poteau; pero no hemos hallado a ese pájaro en ninguna casa del barrio y forzosamente tiene que estar escondido en tu bodega, adonde ha podido entrar por el respiradero.

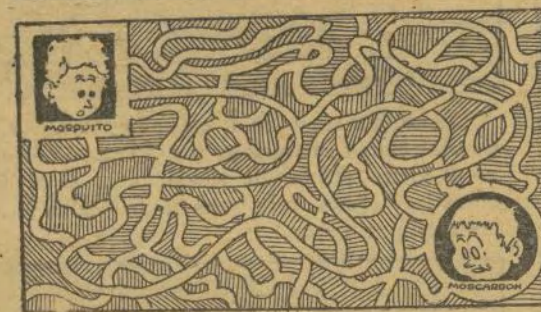
—Pero si está a siete varas de altura y se habría matado... Pero registra, que como lo hallé-

mos, le levanto la tapa de los sesos.

Fácil es figurarse la situación de Gerardo. Por más que se encogía, no le era posible esconder uno de sus pies y un hombro, que sobresalían delatándole. Su suerte fué que el sargento se enterneciera a la vista de tan bien provista bodega, y que el tabernero y él comenzaran a trincar y a brindar por la revolución, con lo que a poco se distrajeran del objeto de su visita a la cueva.

Pero Gerardo pasaba angustias de muerte, y la situación se agravó más cuando por la escalera comenzaron a bajar todos los nacionales de la patrulla, que venían a buscar a su jefe para unirse a la gran manifestación patriótica que comenzaba a formarse en las calles y cuyos rumores llegaban hasta la bodega. (Continuará)

PASATIEMPOS



“Mosquito” se ha perdido de su primo “Moscardón”. ¿Qué camino seguirá “Mosquito” para juntarse con su inseparable, primo?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Ved el resultado de rellenar los espacios marcados con un punto en el pasatiempo del número anterior.

1	1	1	1	1
3	3	3	3	3
5	5	5	5	5
9	9	9	9	9

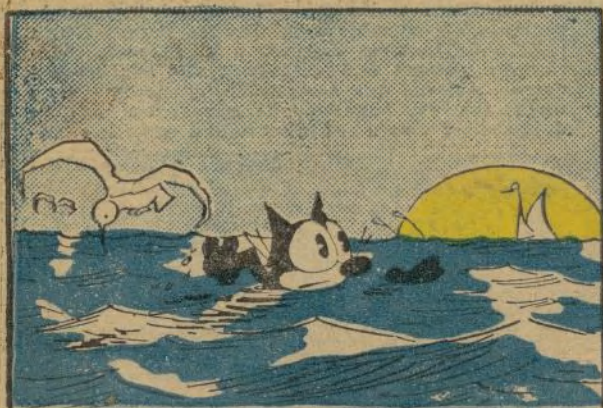
Hay que tachar todos estos números menos tres, de forma que estos tres números sumen 20. A ver si lo sabéis hacer.



Y aquí tenéis cómo se divide el cuadro en once partes para que queden dos estrellas y un punto en cada división.



ANDANZAS DE FELIX



Félix no había contado con las corrientes subterráneas, que en aquellas latitudes eran más fuertes que un luchador de "pancrace", y de esta manera, y sin poderlo remediar, fué derivando mar adentro, a pesar de sus esfuerzos.



Sin poderlo remediar, Félix maldecía de los carabineros y de las carabinas, incluso de la de Ambrosio, porque estaba viendo que ahora, que al fin iba a poder respirar como un burgués, la perra corriente le forzaba a la aventura.



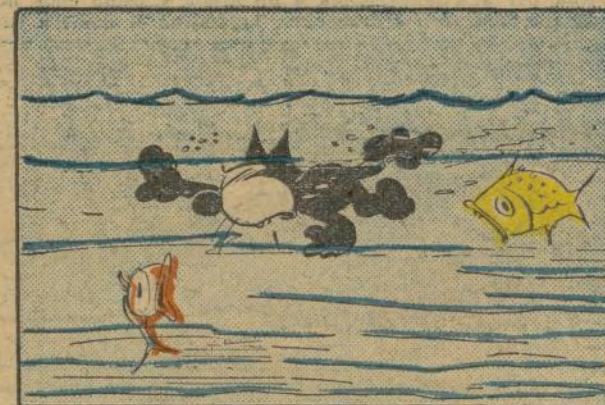
Menos mal que pudo encontrar un tablón de tamaño natural, y, como él conocía a la perfección el manual del perfecto náufrago, se subió sobre él, poniéndose la mano a modo de visera, que es lo que hacen los náufragos bien educados.



Y a un kilómetro escaso vislumbró una playa, en la que abundaban los bañistas, y, contentísimo con el descubrimiento, y en un alarde de facultades, abandonó el tablón con el ánimo de llegar a nado hasta la playa aquella.



Mas en la mitad del camino topó con el guarda vigilante del puerto, que tenía una conmovedora cara de bruto, y, por si venían mal dadas, el gato pensó esquivar al guarda marítimo y llegar sin ser visto de nadie.



Nadador por excelencia, o su excelencia el nadador gato Félix, sumergiéndose valientemente, dispuesto a llegar a la playa o a dejarse la pelleja en el empeño, que, realmente, era un empeño del todo desesperado.



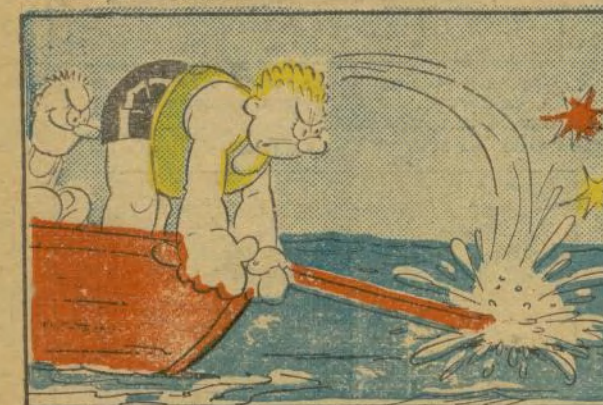
Y como cuando le daba "gas" a las tabas, Félix era un trasatlántico en punto a velocidad, nadando, nadando llegó hasta la playa, y a toda marcha se estrelló contra la pantorrilla de un bañista, que lanzó un alarido de terror.



El bañista no dudó de que a la playa habían llegado tiburones de verdad y, con el espanto fotografiado en el rostro, dió la voz de alarma, y el terror cundió entre los bañistas a la vista de las orejas felinas, que tomaron por aletas.



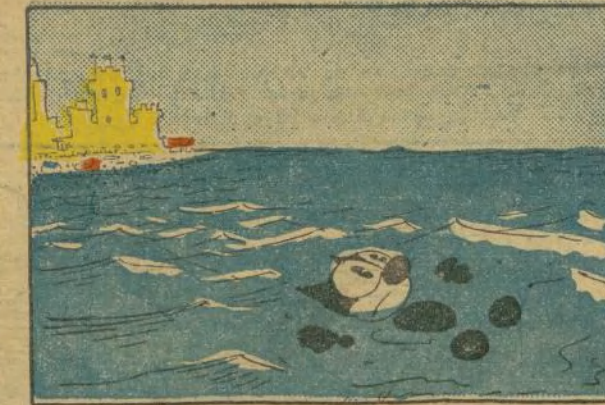
A los gritos acudió el hombre más bestia del pueblo, que no le tenía miedo a los tiburones porque había atravesado diez veces la piscina del casino, y el bestia del pueblo llegó hasta el sitio del peligro valientemente.



Y, haciendo honor a su apellido y a sus reconocidas dotes de animalito, le largó un estacazo al "tiburón", que se sumergió en el acto, con gran contento del bruto, que ya pensaba en la cruz de Beneficencia que le darian.



A Félix, el morrón le chafó una oreja, y no le estropeó el cráneo porque pudo a tiempo esquivar el golpe mortal, pero, no queriendo hacer nuevas tentativas para arribar a aquella playa, se retiró prudentemente, con las orejas gachas.



Y nuestro pobre aventurero se quedó a un par de kilómetros de la playa haciendo "el muerto", y en espera de que llegase la noche para arribar al puerto sin ser visto. ¿Conseguiría su propósito? ¿En qué parará la aventura?

(Continuará)